



Comentario bibliográfico

Setkiewicz, Piotr (comp.): *The Private Lives of the Auschwitz SS*, Oświęcim, Auschwitz Birkenau State Museum, 2014.

Martín Félix Romero

Universidad de Buenos Aires

martinfelixromero@gmail.com

Fecha de recepción: 12/11/2015

Fecha de aprobación: 20/01/2016

El libro que aquí se reseña es una compilación de fuentes primarias sobre el personal de las SS, oficiales y suboficiales, del campo de concentración y exterminio de Auschwitz durante la Segunda Guerra Mundial. A diferencia de la mayor parte de la bibliografía sobre el tema este trabajo no informa sobre las funciones y roles de cada perpetrador en el proceso de exterminio, sino acerca de lo que sucedía puertas adentro de sus casas. Es decir, cómo se comportaban los verdugos en su ámbito privado.

Obra publicada en 2012 en polaco por el Museo Estatal Auschwitz-Birkenau, llegó la traducción al inglés dos años después. A cargo del Dr. Piotr Setkiewicz, el libro es una selección, edición y prólogo de treinta testimonios de empleadas domésticas polacas no prisioneras, en su mayoría adolescentes residentes en la cercana localidad de Oświęcim más dos declaraciones de trabajadores cautivos en Auschwitz. El Dr. Setkiewicz, graduado en Historia en la Universidad Jaguelónica de Cracovia y doctorado en la Universidad de Silesia en Katowice con una tesis sobre el trabajo

forzado en la fábrica IG Farben de Auschwitz, es desde 2008 Director del Centro investigaciones del Museo Estatal Auschwitz-Birkenau.

Todos los testimonios fueron recopilados originalmente en la década del 70 por la investigadora Maria Jędrzyk a efectos de ser publicados. No obstante, esta acción se postergó por décadas. Según se informa en el prólogo de *The Private Lives*, de acuerdo con la orden alemana imperante desde el primer momento, todos los polacos mayores de 14 años debían presentarse obligatoriamente al *Arbeitsamt* (oficina de empleo) como fuerza de trabajo para las fuerzas invasoras. De este modo, muchas jóvenes fueron asignadas como personal doméstico en las residencias de los miembros de las SS. La remuneración era baja, el horario de trabajo extendido y las exigencias altas. Más tarde, en 1944, esta legislación se restringió a las familias con tres hijos o más. Como todas las empleadas domésticas entrevistadas para esta obra trabajaban en el marco de esta orden, el hecho de que la relación laboral estuviere atravesada por una coacción extraeconómica permite afirmar que no se trataba de mano de obra completamente libre.

Por otra parte, en el prólogo Setkiewicz retoma un debate nada nuevo en la historiografía: ¿cómo entender y explicar a los SS de los campos de concentración? ¿Se trató de un entrenamiento ideológico? ¿Eran personas especialmente malas que conformaban una “elite negativa” o, por el contrario, se trató de alemanes representantes de un antisemitismo latente en su sociedad? Luego de un repaso por algunos clásicos de la historiografía (Eugen Kogon, Hannah Arendt, Raul Hilberg, Christopher Browning y Daniel Jonah Goldhagen), Setkiewicz concluye que generalmente estas hipótesis se fundamentan o bien en testimonios de perpetradores o bien en testimonios de sus víctimas. Es decir, discursos con sentidos opuestos. Los primeros son claramente autoexculpatorios, mientras que los segundos están cargados de emotividad y angustia.

Por esto, la búsqueda de verdad y objetividad coloca al investigador del Holocausto ante una difícil encrucijada; más aun: Setkiewicz sostiene que la atención a unas u otras fuentes pueden desviar la investigación y llevarla a conclusiones predeterminadas. En consecuencia, los testimonios de terceras partes, en este caso el personal doméstico polaco, pueden tener mucho para aportar. Es una premisa del editor que si bien como ciudadanas polacas tenían rechazo al invasor, se trataba de personas no involucradas emocionalmente con los hechos (es decir, el Holocausto) que

a su vez no convivían con los SS en tanto guardias de campos de concentración. Los sucesivos testimonios pondrán en cuestión esta frase al matizar, podría sostenerse, que estas trabajadoras hayan estado menos involucradas que los prisioneros de Auschwitz. En segundo lugar, Setkiewicz sostiene que las entrevistadas no tienen un interés especial en presentar a los alemanes de determinada manera. Así, califica a los relatos como “objetivos y aproximados a la realidad” (p.9)¹. Empero, el término objetivo referido al trabajo obligatorio puesto al servicio de una fuerza de ocupación extranjera no parece ser el más apropiado.

Del mismo modo, no se debe olvidar que los recuerdos personales, tanto en su proceso de construcción como de transmisión, suelen ser contradictorios, conflictivos, imprecisos y equivocados. Se necesitan análisis e interpretaciones críticas y científicas del testimonio para dotarlo de sentido histórico. Pero *The Privates Lives* no ofrece conclusión o reflexiones finales, ni tampoco los discursos son acompañados de textos analíticos. Setkiewicz se limita a agregar notas al pie con información puntual de algún acontecimiento, así como a confirmar o refutar fechas y ortografía de apellidos.

Por otra parte, se calcula que el personal de las SS destinado en Auschwitz entre 1940 y 1945 osciló entre 8,000 y 8,200 efectivos. En su mayoría estas personas eran varones, jóvenes adultos, de entre 20 y 40 años, provenientes de ciudades pequeñas y medianas y con educación primaria. Algunos poseían formación secundaria y una pequeña minoría, universitaria. Entre estos últimos encontramos a los médicos como Josef Mengele.

Como se dijo antes, *The Private Lives* no hace una historia del Holocausto ni del campo de concentración y exterminio de Auschwitz. Del mismo modo y sin dar definiciones, utiliza términos en alemán como *Haus 7* (tienda para los SS y sus familias), *Block 11* (edificio destinado al confinamiento, la tortura y los fusilamientos dentro del campo de concentración), *Volksliste* (registro de población de los territorios ocupados con algún grado de ascendencia germana) y *Volksdeutsche* (literalmente: alemanes étnicos, personas de ascendencia alemana nacidos fuera del país). En este sentido, y sumándose a lo ya expuesto, se desprende que al ser el contenido muy puntual y limitado el lector de esta obra probablemente será una persona con conocimientos previos del tema e interesado a la vez en indagar sobre este aspecto del Holocausto.

1 Todas las traducciones son propias.

Cada narración se titula con el nombre del SS en cuestión. A continuación el editor introduce brevemente la biografía de cada individuo y su puesto en Auschwitz. Se detalla el nombre y la edad del narrador y al final del texto se indica la referencia para encontrar el documento en los archivos del Museo Estatal. Las declaraciones incluyen a personajes que van desde Rudolf Höss, comandante del campo entre 1940 y 1943, Karl Fritzsch médico responsable de las selecciones de prisioneros en la plataforma ferroviaria de ingreso al campo, Gerhard Palitzsch quien personalmente fusilaba a sus prisioneros en el “muro de la muerte” del Bloque 11, hasta otros suboficiales a cargo de tareas menores. También la edición presenta planos de las viviendas, diversas fotografías de los SS, sus esposas, sus familias y de bienes personales.

A la hora de valorar las fuentes, las palabras que surgen son riqueza y diversidad: abundantes en datos concretos como fechas, nombres y descripciones, se trata también de declaraciones con contenido sumamente distinto. *The Private Lives* permite el encuentro entre lo común y lo divergente; algunas empleadas domésticas dan cuenta de malos tratos, gritos e insultos de sus patronos germanos mientras que otras afirman lo contrario: buen trato, comida abundante, conversaciones amenas, regalos y entradas para el cine alemán. La empleada de Werner Händler, por ejemplo, sostiene que mantenía una buena relación con la familia al punto de que ellos le brindaron una vacuna contra el tifus y hasta la incluyeron en una actividad familiar: asistir a un concierto de la orquesta de prisioneros de Auschwitz. Casos fuera de lo común son las empleadas de Johann Schmidt y Gerhard Palitzsch, quienes usan las palabras “gran afecto” (p. 53) y “buena persona” (p. 59) para referirse a las respectivas esposas de sus empleadores. Asimismo, la prisionera Elza Abt, testigo de Jehová, afirma que mantiene “buenos recuerdos” de su empleador Willi Burger (p. 131).

De todos modos, la mayoría de los testimonios presentan una estructura parecida. Comienzan cuando las declarantes cumplen 14 años y afrontan su obligación laboral. Acto seguido a registrarse en el *Arbeitsamt*, la mayoría firma un acta de confidencialidad y se le asigna un puesto de trabajo como personal doméstico. Muchos testimonios dicen saber a quién pertenecía el inmueble antes de la expropiación alemana. Asimismo, detallan las características y el estado del mismo. También brindan información sobre la composición y edades de los grupos familiares, las

relaciones de pareja, las infidelidades, los hábitos de mayor o menor consumo de alcohol, etc. Respecto del campo de concentración y exterminio, todas las declaraciones afirman conocer en mayor o menor medida lo que allí sucedía pero sin manejar detalles. Al respecto, era común que los alemanes utilizaran prisioneros para las tareas más pesadas como construcción o agricultura. En otras palabras, las empleadas domésticas y las familias convivían a diario con los detenidos en Auschwitz. Por ejemplo, la familia Höss vivía dentro del perímetro de Auschwitz I y se beneficiaba de las labores tanto de las empleadas domésticas polacas como del trabajo de los prisioneros. Las relaciones resultantes entre familias alemanas, empleadas polacas y prisioneros iban desde la distancia y la frialdad hasta la abierta colaboración (intercambio o provisión de comida, cigarrillos o información), por ejemplo en los casos de la esposa del Dr. Horst Fischer o de Erich Rönisch. Vale la pena mencionar que la mayoría de los ejemplos de víctimas internadas en Auschwitz mencionadas en los relatos son presos políticos polacos y testigos de Jehová antes que judíos o prisioneros de guerra.

Por otro lado un eje troncal a muchos testimonios es la corrupción. Teóricamente ningún particular podía beneficiarse del sistema concentracionario o de la Solución Final, y todos los bienes confiscados eran propiedad del Reich alemán. Ahora bien, *The private lives* muestra que en la mayoría de los casos los SS de Auschwitz hacían exactamente lo contrario, empezando por el mismo comandante. Al respecto, la declaración del prisionero polaco Stanislaw Dubiel es rica en detalles: Rudolf Höss, quien en sus memorias de posguerra se jacta y enorgullece de la conducta, la disciplina y el honor y prestigio de las SS, era un constante acaparador de bienes y objetos robados a las víctimas. No conforme con esto, su esposa había organizado una red de corrupción para hacerse con importantes cantidades de alimentos del campo. Asimismo, su marido y otros SS aprovechaban las materias primas y artesanos del campo ordenando la construcción de muebles para el hogar.

Párrafo aparte merece la relación familiar de notables perpetradores como Palitzsch o Höss. El relato de Helena Klis sostiene que, hablando con prisioneros que también trabajaban en la casa “descubrí el miedo que Palitzsch representaba en el campo. No lo podía creer. En su hogar era el mejor de los hombres. Él me trataba bien. Amaba locamente a sus hijos”. (p. 57) Sobre Höss, Danuta Rzepiel recuerda que “en casa, Höss era ideal. Amaba a sus hijos. Le gustaba acostarse con

ellos en el sofá de su cuarto. Los besaba, acariciaba y les hablaba de una manera amorosa. Al cruzar el umbral de la casa se convertía en una persona totalmente distinta... Su voz tenía un efecto aterrador en mi” (p. 72).

Interpelando a los historiadores, finalmente, podemos decir que *The Private Lives* opera simultáneamente en dos registros. En primer lugar y de alguna manera, estos testimonios humanizan a lo verdugos, lo que sin duda complejiza el debate historiográfico mencionado en el prólogo. Luego de leer algunos testimonios es difícil afirmar que estos hombres solamente fueran seres llenos de odio. Los casos de Palitzsch y de Höss nos plantean un interrogante: ¿se trataba de una doble personalidad? Probablemente en un mismo día estos hombres alternaban la oscuridad del genocidio con el amor y afecto hacia sus familias. ¿Cómo explicar semejante actitud? La respuesta a este enigma histórico no la tiene este libro, pero luego de leer los textos se percibe que claramente se trató de personas totalmente impregnadas de los valores fundamentales y del marco de referencia social del nacionalsocialismo, sin ningún tipo de culpa o remordimiento y capaces de pasar sin problemas del campo de concentración a jugar amorosamente con sus hijos.

La segunda operación habita en torno a la valoración general de los testimonios orales de testigos a la hora de estudiar el Holocausto. Como se dijo más arriba, el editor sostiene que estos han sido subestimados por buena parte de la historiografía. En este sentido, *The Private Lives* propone y permite pensar a los SS desde una óptica poco común construyendo una imagen amplia y detallada de sus relaciones familiares y su vida cotidiana. Ahora bien, al no analizar las fuentes ni sacar conclusiones, Sietkiewicz se mantiene prudentemente al margen del debate historiográfico reseñado en el prólogo. Es decir, la hermenéutica será tarea a cargo del lector. Contrastar las memorias de Höss con las declaraciones de su personal doméstico puede ser un primer paso.

En conclusión, estamos ante un libro original e interesante que no busca construir una tesis sino fomentar y estimular la reflexión y la discusión sobre la constante pregunta acerca de la identidad, los valores y el horizonte de sentido de los perpetradores del Holocausto.